

# DEMETRIO CIDONIO, ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE

## Contribución a la historia del Ecumenismo

ISMAEL ROCA MELIÁ

Profesor de la U. P. de Salamanca

### INTRODUCCION:

#### La relevante personalidad de Cidonio

Según afirma Cammelli, “hoy día se reconoce unánimemente en él a una figura de primer plano, la más notable quizás del siglo XIV, bajo muchos puntos de vista”<sup>1</sup>.

En efecto, en el dominio de la teología —como podrá comprobarse a lo largo de este ensayo—, no sólo destaca por la profundidad y riqueza de su doctrina, aunque varias de sus obras estén todavía inéditas<sup>2</sup>, sino también y muy principalmente por el brillante papel que desempeñó en el intercambio de las ideas teológicas<sup>3</sup>, mediante la traducción al griego de las obras maestras de la teología occidental<sup>4</sup>.

En el aspecto literario está considerado entre los mejores escritores de su tiempo, “uno de los más fecundos e inteligentes ensayistas de la época de los Paleólogos”<sup>5</sup>. En un tiempo en que su patria Tesalónica era hogar del helenismo y el cultivo de las letras clásicas era allí particularmente brillante,

---

<sup>1</sup> *Démétrius Cydonès, Correspondence*, París, 1930, p. I.

<sup>2</sup> Cf. H. G. BECK: *Kirche und theologische Litteratur im byzantinischen Reich*, München, 1959, p. 735.

<sup>3</sup> Cf. G. OSTROGORSKY: *Histoire de l'Etat byzantin*, París, 1956, p. 496.

<sup>4</sup> Cf. M. JUGIE: *Theologia Dogmatica Christianorum Orientalium*, París, 1926, vol. I, p. 479; BECK: *o. c.*, p. 734.

<sup>5</sup> K. KRUMBACHER: *Geschichte der byzantinischen Litteratur*, München, 1897, p. 487.

Demetrio Cidonio, discípulo de Nilo Cabasilas, el futuro metropolitano de Tesalónica, iba a añadir un nuevo timbre de gloria a su ciudad natal. Vasiliev le sitúa junto con Teodoro Metoquita y Nicéforo Gregoras entre los más brillantes humanistas bizantinos del siglo XIV. Poseía la inmensa ventaja sobre la mayoría de sus contemporáneos de conocer la literatura latina y poder utilizar los textos de los escritores más notables de Occidente<sup>6</sup>. Cammelli se atreve a decir que ninguno de sus coetáneos está tan cerca, como él, de los clásicos griegos, ni tan saturado de sus obras. Homero, Hesiodo, Píndaro, Sófocles y Aristófanes son entre los poetas los más frecuentemente citados. Demóstenes y Platón entre los prosistas<sup>7</sup>. Krumbacher asegura que no sin acierto escogió como modelo estilístico a Platón, el autor preferido en la última época de Bizancio. Por otra parte, "sus discursos, en frase de Palmieri, pueden ser considerados como los más hermosos monumentos del arte eraterio bizantino"<sup>8</sup>. Dio lecciones de griego a R. Rossi, humanista florentino, y supo infundir el gusto del latín a varios de sus discípulos, a Manuel Calecas y sobre todo a Manuel Crisoloras, a quien se debe la restauración de las letras griegas en Italia. Por este medio contribuyó Cidonio al renacimiento italiano<sup>9</sup>, pero conciliando siempre armónicamente, como buen humanista cristiano, los valores de la literatura antigua con el pensamiento cristiano que les regenera y sublima.

No menor significación alcanza nuestro personaje en el campo de la historia, y ello tanto por los altos cargos de gobierno que desempeñó con los emperadores bizantinos, como por los numerosos contactos, culturales, políticos y religiosos que estableció con Occidente. Verosímelmente ya en vida de Andrónico III había penetrado en la corte imperial, cuando Juan VI Cantacuceno, su Gran Doméstico, era el hombre de confianza; y el padre de Demetrio, muy estimado por el em-

---

<sup>6</sup> Cf. *Historia del Imperio Bizantino*, Barcelona, 1946, vol. II, pp. 353 y 345 y ss.

<sup>7</sup> Cf. *O. c.*, p. XXXIII.

<sup>8</sup> DTC, III (2), s. v. *Démétrius Cydonès*, col. 2455.

<sup>9</sup> Cf. R. LOENERTZ: *Catholicisme*, III, París, 1952, s. v., *D. Cydonès*, col. 395. Este mismo autor ha publicado la correspondencia completa de Cidonio en *Studi e Testi*, 186 (1956) y 208 (1960). Roma, Città del Vaticano.

perador, desempeñó misiones importantes<sup>10</sup>. Una vez muerto su padre<sup>11</sup>, el nuevo monarca Juan VI, restituido en el trono tras la revuelta de Apocauco (1347), trasladó a la persona de Cidonio el favor y afecto que había dispensado a su progenitor. Primeramente jefe de gabinete, pronto llegó a ser verdadero canciller, τοῖς πράγμασι μεσάζων<sup>12</sup>, alto cargo de la administración pública, a modo de ministro de gobierno o primer secretario<sup>13</sup>. En el momento de estallar la guerra civil entre Cantacuceno y Paleólogo. Demetrio se encontraba en Venecia para pedir ayuda a los pueblos latinos contra los turcos<sup>14</sup>. A su regreso y tras la abdicación forzada de Juan VI, acompañó a este emperador junto con Nicolás Cabasilas al claustro de Manganes<sup>15</sup>. Estuvo un tiempo alejado de la corte, separándose por el momento de Juan V Paleólogo, el que había sido duro rival de su protector. Probablemente regresó de nuevo a Italia para visitar Roma y cumplir el voto que había hecho a los Santos Apóstoles<sup>16</sup>. Aprovecharía la ocasión para perfeccionarse en el cultivo del latín, para establecer nuevos contactos con los cristianos de Occidente y para entregarse al estudio, ilusión largo tiempo acariciada, libre de las preocupaciones de gobierno. Con toda verosimilitud visitó en esta ocasión las ciudades de Venecia, Milán, Florencia y Roma. Cediendo por fin a los ruegos del Paleólogo, regresó a Constantinopla para ocupar nuevamente su antiguo cargo en la corte.

---

<sup>10</sup> Cf. CAMMELLI: *o. c.*, p. XI y nota 5 de la p. XII.

<sup>11</sup> Según V. Laurent, quien en DHGE, XIV, 205-208, París, 1960, nos ofrece un resumen muy documentado de la vida y actividad de Cidonio, la muerte del padre sobrevino en 1341, al regreso de una embajada que salvó al Imperio de un ataque masivo de los tártaros de la Horda de Oro.

<sup>12</sup> Cf. CANTACUCENO: *Corpus scriptorum historiae byzantinae*, ed. Bonn., III, p. 285. En cuyo pasaje se afirma que Cidonio no sólo a causa del favor de que gozaba ante el soberano, sino sobre todo en razón de su alto cargo permanecía siempre en el palacio real, junto al emperador.

<sup>13</sup> Cf. CAMMELLI: *o. c.*, p. XIV; BECK: *o. c.*, p. 753.

<sup>14</sup> Nos informa la carta que por este tiempo escribió Cidonio al déspota del Peloponeso Manuel Cantacuceno, editada por G. CAMMELLI: *o. c.*, pp. 9-13.

<sup>15</sup> Cf. CANTACUCENO: *o. c.*, III, p. 107.

<sup>16</sup> En este punto, siguiendo el parecer de CAMMELLI: *o. c.*, pp. XIX-XXII, disentimos de la opinión de G. Mercati, expuesta posteriormente en *Studi e Testi*, 56. *Notizie di Procoro e D. Cidone*, Città del Vaticano, 1931, p. 124 v s., quien pone en tela de juicio el viaje.

En 1369 acompañó a Juan V en su viaje a Roma cuyo objeto era prestar juramento de profesar la fe conforme al dogma católico. Demetrio tradujo del latín al griego para uso del emperador la fórmula de la profesión de fe<sup>17</sup>. Por lo demás Cidonio era el más indicado para acompañar al monarca bizantino en aquella circunstancia, dado su conocimiento de la lengua latina y sus buenas amistades con los romanos; pues desde 1364 había abrazado públicamente el catolicismo<sup>18</sup>. El Papa Urbano V y su corte quisieron retenerle junto a sí, pero de momento Cidonio regresó a su patria con el emperador, después de prometer que volvería de nuevo a Roma<sup>19</sup>. El Pontífice Gregorio XI le reclamó por igual con el fin de laborar conjuntamente por la unión de las iglesias, pero las guerras de los comerciantes entre Génova y Venecia le impidieron el viaje<sup>20</sup>. Cuando en 1376 Andrónico depuso a su padre Juan V, Demetrio rehusó quedarse al lado del usurpador en los tres años de su reinado, pese a los insistentes ruegos de éste, por considerarlo una esclavitud e indignidad<sup>21</sup>. Probablemente permaneció durante este tiempo en Tesalónica, su ciudad natal. Al ser restablecido Juan V en el trono, Cidonio ocupó su antiguo puesto de gobierno, pero esta vez no se entendió del todo bien con el emperador. La situación era delicada a causa de las disensiones en el seno de la familia real. Por ello se alejó de la corte poco después del 1383. Es difícil precisar si desde esta fecha hasta el 16 de febrero del 91, en que Manuel II sucedió a su padre, estuvo en Tesalónica o partió para Italia. Lo cierto es que regresaba de un largo viaje, cuando Manuel, su gran confidente, fue coronado emperador<sup>22</sup>. Con el nuevo βασιλεύς mantuvo su importante cargo, objeto del afecto y distinción del monarca, de quien había sido maestro en su

---

<sup>17</sup> Cf. MERCATI: *o. c.*, pp. 146-148

<sup>18</sup> Cf. LAURENT: *o. c.*, col. 206.

<sup>19</sup> Cf. la carta de Cidonio a Calófero, editada por CAMELLI: *o. c.*, pp. 42-44. Cf. LOENERTZ: *Studi e Testi*, 186, n. 37. El destinatario es Juan Láscaris Calófero.

<sup>20</sup> Cf. la carta dirigida por Cidonio a Simón Atumano, arzobispo de Tebas, editada por MERCATI: *Studi e Testi*, 30, 1916, p. 52 y ss.

<sup>21</sup> Cf. la carta de Cidonio al emperador Andrónico IV Paleólogo, editada por CAMELLI: *o. c.*, p. 56 y s.; LOENERTZ: *Studi e Testi*, 208, n. 154.

<sup>22</sup> Cf. la carta de Cidonio al emperador Manuel, en CAMELLI: *o. c.*, p. 121; LOENERTZ: *Studi e Testi*, 208, n. 430.

juventud, y al que le unió siempre una sincera y fiel amistad. A fines del 94 partió con Manuel Crisoloras a Venecia, regresando al año siguiente<sup>23</sup>. Inmediatamente después de la derrota infligida a los príncipes cristianos por los turcos en Nicópolis (25-28 de septiembre de 1396), Cidonio salió de nuevo para Italia. Frente a la documentada opinión de Mercati, que supone murió en Venecia a fines del 99<sup>24</sup>, Laurent afirma que en 1396 se retiró a Venecia, donde le fue otorgado el derecho de ciudadanía, luego pasó a Milán para ir a morir en Creta en el curso del invierno del 97-98<sup>25</sup>. Esta misma es la sentencia de Beck<sup>26</sup> y Palmieri<sup>27</sup>, quien se funda en la noticia de Rafael de Volterra<sup>28</sup>, según la cual Demetrio se estableció definitivamente en un monasterio de la isla de Creta, donde pasó sus últimos días entregado a la oración, tras haber repartido sus bienes entre los pobres.

Sin embargo, sobre esta triple dimensión, teológica, humanística e histórica, la acusada personalidad de Cidonio presenta otra faceta no menos valiosa y de palpitante actualidad, la de su proyección ecuménica, que vamos a exponer a continuación en nuestro trabajo. Que este aspecto de su incesante actividad no ha pasado desapercibido a los críticos y comentaristas, lo demuestran frases como estas: "Partidario convencido de la unión religiosa y de la cooperación política y militar con Occidente, Cidonio fue en Bizancio el promotor de un movimiento latinófilo cuyos adeptos jugaron un papel sin proporción con su pequeño número"<sup>29</sup>. "Promotor de la unidad de la Iglesia..., Cidonio no ha buscado la alianza de Occidente por simple oportunismo. Ha creído en la solidaridad cristiana"<sup>30</sup>. Todos coinciden en reconocer las buenas cualidades morales que adornaban el alma de Cidonio, su virtud y nobleza de espíritu nada comunes, garantía de la sinceridad en sus convicciones religiosas y en su promoción ecuménica.

---

<sup>23</sup> Cf. MERCATI: *Studi e Testi*, 56, p. 117.

<sup>24</sup> Cf. *Ibidem*, pp. 117-125.

<sup>25</sup> Cf. *o. c.*, cols. 205 y s.

<sup>26</sup> Cf. *o. c.*, p. 733.

<sup>27</sup> Cf. *o. c.*, col. 2454.

<sup>28</sup> Cf. CAMELLI: *o. c.*, pp. IX y XXXII.

<sup>29</sup> LOENERTZ: l. c. de *Catholicisme*.

<sup>30</sup> LAURENT: *o. c.*, cols. 205 y s.

Seguidamente estudiamos en varios capítulos el ecumenismo de Cidonio, siempre a la luz de las afirmaciones contenidas en sus obras.

### **Estudio del pensamiento teológico de los escritores de Occidente**

A Demetrio, espíritu profundamente piadoso, le animó una gran inquietud religiosa. Y del mismo modo que se opuso con sólidas razones a la doctrina del hesicasmo, ardientemente defendida en su tiempo por Gregorio Palamas, quiso igualmente conocer la posición de los latinos en materia de fe.

En la carta que sobre la procesión del Espíritu Santo escribió a Barlaam en 1347<sup>31</sup> —a quien había conocido y admirado durante su estancia en Tesalónica y en Constantinopla antes de su partida en 1341—<sup>32</sup>, Cidonio mostró una madurez y profundidad de doctrina filosófica, que parecen raras en un joven incluso dotado de cualidades excepcionales. Demetrio quiere salir de la duda que le atormenta, y llegar al conocimiento de la verdad. Desea investigar todos los argumentos “no por rivalidad alguna” (*non propter aliquam contentionem*), sino por encontrar aquellos motivos que a un espíritu virtuoso, como el de Barlaam, y que no se goza en las disputas, le han determinado a cambiar de opinión, “aquella conveniente necesidad que puede satisfacer al espíritu del filósofo” (*illa idonea necessitas... quae philosophanti animae satisfacere posset*). A este fin pide a Barlaam ruegue a Dios por él en fervientes plegarias (*primum quidem rogo ut sanctis pro amicis orationibus idipsum nobis a Deo petas*)<sup>33</sup>. Las siguientes columnas de la carta nos revelan el ardor e imparcialidad a un tiempo con que ha estudiado los argumentos de griegos y latinos sobre la cuestión del “Filioque” para llegar a ver claro. Así se promueve en él la crisis de la conversión, que, en frase

---

<sup>31</sup> Cf. MG, 151, 1283-1301, donde aparece el texto íntegro de la epístola en versión latina solamente, traducción que Mercati supone fue hecha por el propio destinatario Barlaam. Cf. *Studi e Testi*, 56, p. 153.

<sup>32</sup> Cf. JUGIE: *o. c.*, p. 476; MERCATI: *o. c.*, pp. 154 y s.

<sup>33</sup> Col. 1283 y s.

de Beck, "muy poco a poco y tras sólidos estudios se consuma"<sup>31</sup>.

Pero fue sobre todo decisivo para su aproximación a la Iglesia de Occidente el estudio de las obras de Santo Tomás. Ante las dificultades que ocasionaban a la cancillería imperial los intérpretes de oficio que traducían deficientemente al griego las solicitudes formuladas en latín por los visitantes occidentales, Demetrio se decidió a aprender la lengua del Lacio. Encontró un excelente profesor en la persona de un hombre consagrado a Dios, probablemente un dominico del convento de Pera, español al parecer<sup>35</sup>. Tal como nos lo cuenta el propio Cidonio en su Apología I<sup>36</sup>, el ilustre alumno hizo notables progresos en el conocimiento del latín, de los que su profesor se sentía orgulloso. "Un día, dice, me entregó como libro de ejercicios la obra de un hombre que ha eclipsado a todos los otros por su ciencia teológica. Todo el mundo conoce hoy a Tomás de Aquino por la multitud de sus escritos, la elevación de sus pensamientos, el rigor de sus silogismos, rigor que aporta a todas las cuestiones que trata. La obra que tenía entre las manos era la más perfecta de todas las que ha compuesto este gran hombre y como la flor de su sabiduría". Se trataba de la *Summa contra Gentiles*. "Después de haber leído algunas páginas —continúa Cidonio—, quedé de tal modo entusiasmado, que resolví traducir algunos pasajes en griego para provecho de mis amigos incrédulos, que no podían admitir existiese entre los latinos algo bueno en cuanto a producción literaria se refiere... Creyendo tener el monopolio de la sabiduría, orgullosos de Platón y de su discípulo, mis compatriotas relegaban los latinos a la categoría de bárbaros, reservándoles el arte de la guerra y todos los oficios viles. Esta gran ignorancia era resultado de la prolongada separación entre los dos pueblos. Presenté al emperador las primicias de mi traducción y quedó tan complacido que me impulsó fuertemente a continuar el trabajo comenzado, declarando que los griegos sacarían de él un gran provecho"<sup>37</sup>.

---

<sup>31</sup> O. c., p. 735.

<sup>35</sup> Cf. BECK: o. c., p. 733.

<sup>36</sup> Mercati ha publicado el texto griego, con aparato crítico en *Studi e Testi*, 56, pp. 359-403.

<sup>37</sup> M. JUGIE: *Démétrius Cydonès et la theologie aux XIV et XV siècle*, "Echos d'Orient", 152 (1928), pp. 389-91.

Muy pronto Demetrio pudo ofrecer al emperador, a la sazón Juan VI, teólogo e insigne protector del palamismo, la traducción de todo el primer libro de la *Summa* mencionada, quien la acogió tan complacido y le otorgó tal importancia que estuvo de moda ser tomista en la corte imperial. El éxito se extendió a toda Constantinopla, y Cidonio durante toda su vida continuó traduciendo al griego las obras del Angélico Doctor y de otros renombrados maestros de la teología occidental. "Fue uno de los modos como se esforzó en trabajar por la unión de las iglesias y por la aproximación intelectual entre Oriente y Occidente"<sup>38</sup>.

Según consta por la nota con que termina el Vat. gr. 616, Cidonio terminó toda la versión de la *Summa contra Gentiles* el 24 de diciembre de 1354 a las tres de la tarde. Asimismo tradujo la *Summa Theologica*. Ello se deduce de la carta que Demetrio dirigió a Máximo Crisoberga acerca del estudio de las obras teológicas de Santo Tomás de Aquino, editada en Roma por N. Franco<sup>39</sup>, y es hoy día un hecho inconcuso. En efecto por los años de 1355-1358 tradujo la *Prima pars*, la *Secunda Secundae* y extractos de la *Prima Secundae*; el resto fue traducido por su hermano Prócoro. Otras versiones del Aquinatense conciernen al *Opusculum de erroribus Graecorum ad cantorem Antioquenum*, un himno en honor del Santísimo Sacramento, el *Pange, lingua* o el *Lauda, Sion*, y el *Opusculum de corpore et sanguine Domini*. De otras obras del Santo sólo tradujo fragmentos, v. gr., del *Opusculum in symbolum Apostolorum expositio*<sup>40</sup>. La carta dirigida a Máximo, que acabamos de mencionar, nos confirma que Cidonio apreciaba al santo de Aquino en su justo valor. Encontraba en sus escritos un inmenso tesoro de pensamientos divinos, *πολὸς ὁ τῶν θεῶν νοημάτων θησαυρὸς παρὰ τῷ ἀνδρὶ* A su juicio no hay dogma que Tomás no haya esclarecido por la profundidad de su especulación: "El vigor filosófico de sus razonamientos y la abundancia de los textos escriturísticos que aporta para demostrar las verdades cristianas, dan un sello de originalidad a sus escritos teológicos, a los que Cidonio juzga sumamente

---

<sup>38</sup> CAMMELLI: *o. c.*, p. XVII.

<sup>39</sup> Cf. *I codici Vaticani della Versione greca delle opere de S. Tommaso*, 1893. Cf. LOENERTZ: *Studi e Testi*, 208, n. 333.

<sup>40</sup> Cf. BECK: *o. c.*, p. 734; JUGIE: *Theologia Dogmatica*, tomo I, p. 479.

útiles para aprender la verdadera ciencia de Dios"<sup>41</sup>. Por ello defendió el método y enseñanza de Tomás de Aquino incluso contra su antiguo maestro Nilo Cabasilas<sup>42</sup>, quien por razones de oportunismo, pese a ser antes fanático admirador del Santo, según afirma Cidonio en su Apología I, compuso una grosera refutación de la doctrina y del método escolástico tomista, refutación desprovista de fondo, pero literariamente escogida<sup>43</sup>. Sin lugar a dudas fue el estudio del Angélico Doctor el que influyó más poderosamente en la decisión que tomó Cidonio de abrazar la fe católica.

Pero sus versiones no se refirieron tan sólo a Santo Tomás. Tradujo también de San Agustín el sermón *Vado ad Patrem*, cinco fragmentos de los libros del Santo *Contra Julianum*; asimismo el Florilegio o sentencias de Próspero de Aquitania que contienen 388 fragmentos de los sermones del Doctor de Hipona; bajo el nombre de San Agustín la obra de San Fulgencio de Ruspe *De fide ad Petrum*; los soliloquios pseudo-agustinianos o Monólogo, que gozaron de especial popularidad en el Athos. Es en la carta 12 de las publicadas por Cammelli donde Cidonio teje un subido elogio de San Agustín, designándole como padre de los Santos Padres y como maestro por excelencia de la verdad. Y así dice a la emperatriz Helena, la destinataria de la epístola: "... Te ofrezco estos sermones —no se sabe a punto fijo a cuales se refiere—, en lugar de los míos; no como suelen decir oro en vez de bronce, sino en lugar de la tierra el cielo..."<sup>44</sup>. De San Anselmo de Canterbury tradujo el tratado *De processione Spiritus Sancti* y la epístola al obispo Valeriano sobre tres cuestiones, particularmente *de fermentato et azymo*. Además la *Genealogia Domini Nostri Jesu Christi* de Pedro de Poitiers, la *Refutatio Alcorani* del florentino Ricoldo da Monte Croce. Y para terminar, varias pequeñas piezas litúrgicas de rito latino, de las que se debe excluir la versión de las tres misas de la Navidad según el rito ambrosiano, que pertenece a su discípulo M. Calecas, y

---

<sup>41</sup> PALMIERI: l. c., cols. 2456 y s.

<sup>42</sup> Cf. M. RACKL: *Demetrios Kydones als Verteidiger und Übersetzer des hl. Thomas von Aquin*, "Der Katholik", 95 (1915) I, 21-40; y del mismo autor: *Die ungedruckte Verteidigungsschrift des D. Kydones für Thomas von Aquin*, "Divus Thomas" 7 (1920), 303-317.

<sup>43</sup> Cf. MERCATI: o. c., p. 138.

<sup>44</sup> O. c., p. 28.

la profesión de fe que prestó en Roma el emperador Juan V<sup>45</sup>.

Estas traducciones, al dar a conocer al mundo griego la teología occidental, contribuyeron en gran medida a estrechar los lazos ideológicos entre las dos partes divididas de la cristiandad, y dejaron su impronta en la teología bizantina. Sobre todo, merced a las traducciones de Santo Tomás, el Occidente pudo influir hasta en los espíritus más eminentes de la ortodoxia, como en el futuro patriarca de Constantinopla, Jorge Escolarios<sup>46</sup>.

### **Actividad ecuménica.**

#### **El testimonio de sus apologías**

El esfuerzo desplegado por Cidonio en estudiar y dar a conocer a los suyos la doctrina teológica de Occidente debe ser considerado como labor eminentemente ecuménica, pero su actividad en pro de la unión cristiana no se limitó a estos contactos puramente intelectuales, sino que fue mucho más allá. Recordemos sino sucintamente los datos que nos brinda la historia.

Cuando concluida la paz que ponía fin a la guerra civil entre Cantacuceno y Paleólogo, el primero hubo de abdicar (1355) y se retiró al convento, Cidonio por el momento permaneció fiel a su causa y para apartarse de su rival marchó con toda seguridad a Italia con el propósito de estrechar las relaciones con los cristianos de Occidente. Escuchemos sino a Cammelli: "... establecer contacto con los latinos, a los que él había aprendido a amar y a estimar, ¿no era acaso contribuir a aquella reconciliación entre Oriente y Occidente que constituía en adelante la finalidad de su actividad y de sus estudios?". Con toda probabilidad visitó Venecia, Milán, Florencia y Roma, y fue así "uno de los primeros y más notables personajes que hicieron conocer la lengua y la cultura griega en Italia y que se valieron de su influencia para aproximar el Oriente al Occidente, y para estrechar los lazos en particular entre Bizancio y la república de Venecia, y en general con los

---

<sup>45</sup> Cf. BECK: *o. y l. c.*

<sup>46</sup> Cf. LAURENT: *o. c.*, col. 207.

reinos occidentales”<sup>47</sup>. Cidonio, como sabemos, regresó a su patria ante los incesantes ruegos de Juan V, y en su calidad de consejero político preconizaba el recurso y la unión con Occidente para combatir al turco, enemigo de la cristiandad. Sin duda la expedición de Amadeo de Saboya, el conde verde, al frente de un ejército de cruzados, que expulsó a los otomanos de Gallipoli y obtuvo de los búlgaros la libertad de su primo el emperador Juan V, caído prisionero, y la cesión de Mesembria y Sozópolis para consolidar la posición bizantina sobre el litoral occidental del mar Negro, contribuyó a robustecer el programa político de Cidonio y a decidir a Juan V a presentarse a Roma para abrazar el catolicismo<sup>48</sup>. Demetrio acompañó a Juan V en este viaje y asistió a la profesión de fe del emperador para quien tradujo en griego el texto latino de la misma. En la carta que por este tiempo, fines del 69, escribe a su hermano Prócoro, dice estar sumamente ocupado por los asuntos del emperador, y no tener ni siquiera tiempo para ocuparse de los libros de los romanos y “sin embargo —son palabras suyas—, esta gran ciudad ofrece en abundancia ciencia, virtud y toda suerte de distinción, si uno quisiera aprovecharse. Porque todo el que tiene conciencia de su valor, corre hacia la Iglesia y hacia su príncipe, y se pueden contemplar todos los días multitud de hombres que saben y pueden enseñar los conocimientos más nobles, y no menos numerosos que estos los que unen los actos a las palabras...”. Le explica a su confidente la acogida amical que le han dispensado los romanos y la insistencia de la corte pontificia en retenerle. Incluso el Papa se ocupa de él personalmente: “Y aquel que es el jefe de todos y el guía cree que mi presencia no va a ser poco útil para sus asuntos; de tal manera que me concede honores y audiencias desde ahora, y me promete otras, si me quedo por poco tiempo. Pero todo me resulta insípido, porque pienso en la suerte de mi patria...”<sup>49</sup>. Por el momento, y en atención a sus compatriotas, regresó con el emperador a Constantinopla, pero prometió volver a Roma, expresando su deseo de visitar también Francia. El sucesor de Urbano V, Pedro Roger de Beaufort, el papa Gregorio XI, con quien Cidonio

---

<sup>47</sup> CAMMELLI: *o. c.*, pp. XX y XXII respectivamente.

<sup>48</sup> Cf. OSTROGORSKY: *o. c.*, p. 560 y s.

<sup>49</sup> De la carta editada por CAMMELL: *o. c.*, p. 38 y s.; LOENERTZ: *Studi e Testi*, 186, n. 39.

había entablado sincera amistad en el reciente viaje en compañía de su emperador Juan V<sup>50</sup>, se interesó vivamente por el regreso de Demetrio a Roma: "... me ha llamado hacia sí y su Iglesia por medio de sus cartas, indicándome que mi presencia habría sido dulce y habría sido útil a la fe"<sup>51</sup>. Cidonio alude a la carta del Pontífice, conservada en el Archivo Secreto Vaticano en la que Gregorio XI dice a Demetrio: "...Devotionem sinceram quam ad nos et Romanam ecclesiam genere comprobatis tuamque prudentiam et litterarum scientiam attendentes, ac sperantes quod tua praesentia in Romana Curia poterit esse catholicae fidei multipliciter fructuosa, gratum haberemus, quod si cum tua commoditate et complacentia fieri valeat, ad praesentiam nostram accederes, in dicta Curia moraturus..."<sup>52</sup>. Según consta por las cartas n. 23 y 24, editadas por Cammelli<sup>53</sup>, a las cartas se había unido la embajada procedente de Roma, cuyo objeto era la unión de las Iglesias, y así Cidonio se constituía en el intermediario entre las dos partes de la cristiandad. Pero no realizó el viaje porque murió Gregorio XI, y aunque Cidonio se consideró obligado con el sucesor Urbano VI, la apurada situación que atravesaba Bizancio a causa de los progresos del poderío turco, así como las guerras entre los comerciantes genoveses y venecianos y el comienzo del cisma de Occidente, impidieron la partida. Así lo indica el propio Cidonio en la carta que por el año 1380-81 dirigió al arzobispo de Tebas, Simón Atumano.

Demetrio aprovechaba el tiempo en que se veía libre de las cargas de gobierno para visitar a los romanos y laborar por la reconciliación de los cristianos. Como lo había hecho antes al ausentarse de la corte por la abdicación de Juan VI, así también más tarde, cuando rehusó quedarse junto al usurpador Andrónico IV, que había depuesto a su padre con ayuda de los turcos, expresó su deseo de salir para Italia. En respuesta al emperador Andrónico, deseoso de retenerlo junto a sí con la promesa de su amistad y de grandes honores, Cidonio declara que jamás entrará a su servicio por considerarlo una indignidad y que piensa partir para Roma: "Voy a mar-

---

<sup>50</sup> Cf. MERCATI: *o. c.*, p. 438.

<sup>51</sup> Carta de Cidonio a Simón Atumano, antes mencionada, editada por MERCATI: *Studi e Testi*, 30 (1916), p. 57.

<sup>52</sup> Gregorii XI secret. an. V, t. 271, fol. XVIIIv.

<sup>53</sup> Cf. *o. c.*, p. 53 y s.; 56 y s.

char junto al Papa, a Roma, porque me avergüenzo de haber sido llamado ya dos veces por los embajadores y por cartas, y no haber obedecido a aquel a quien las leyes todas mandan a todos obedecer como un privilegio particular, porque su alta dignidad lo exige, y aparte de esto, ese hombre era ya antes mi amigo y hasta el presente me guarda su consideración, y lo demuestra hablando de mí en excelentes términos, ora en la intimidad, ora en público. Sería, pues, una ingratitud... cuando él mismo me invita rehusar ponerme en camino... sobre todo puesto que me promete que mi estancia junto a él será muy útil para los asuntos de los romanos...". Pero Demetrio no se olvida de las necesidades de su patria y está confiado en que su viaje será de gran provecho para los intereses de sus conciudadanos, mayor aún que su permanencia entre ellos: "Así, suponiendo que pueda ser útil a mi patria si me quedo aquí, llegado allí, seré mucho más útil a mis compatriotas". Junto al Papa, "me ocuparé personalmente como amigo de cuanto te interesa —dice al emperador— y el Papa no sabría escuchar ninguna otra súplica en tu favor mejor que las mías..."<sup>34</sup>.

Posteriormente, unos dos años más tarde (1378-80), dirigió a su amigo Calofero unas letras, reveladoras como pocas del genuino espíritu ecuménico que animaba a Cidonio. Exhorta a su destinatario a aprovechar la influencia de que goza junto al Papa Urbano VI para solicitar del Pontífice el auxilio de su protección en favor de Bizancio. Oigámosle: "... Obrarías, le dice, como hombre justo, si aprovecharas la ocasión para persuadir a nuestro Padre común a compadecerse de sus hijos que están en trance de perecer, y a consagrar también una parte de sus providentes cuidados a los cristianos de aquí. No hay ocasión mejor que la presente. Todos cuantos se encuentran fuera de las murallas (de la ciudad) son esclavizados por los turcos; los que se encuentran en el interior sucumben por la miseria, por las disensiones y por mil otros males, sin vislumbrar ninguna otra ayuda que la de los cristianos. Si decides al Papa a ella, superarás a todos cuantos han realizado alguna vez una gesta noble, pues salvarás a los de aquí, librarás al Occidente de las revueltas, desviando hacia el Oriente, como el curso de un río, la codicia de algunos —Cidonio

---

<sup>34</sup> Carta 24 de la edición de Cammelli, p. 56 y s.

alude aquí particularmente a la guerra entre genoveses y venecianos— ... Pero si el Señor y Padre de todos aplica en favor de una empresa útil lo que ahora se gasta inútilmente, hará bien por las dos partes, librando a unos de su insaciabilidad y a los otros de una terrible esclavitud, y reuniendo de nuevo los hijos dispersos de Dios... Pero tú mismo sabrás decidir mejor, teniendo compasión de la patria, y procurándote por esta tu decisión una gloria inmortal...”<sup>55</sup>.

Y omitiendo otros pasajes que podrían citarse de su numerosa correspondencia, aducimos en compendiosa síntesis las ideas que expone al respecto en sus escritos apologéticos. Nos referimos ahora a las tres Apologías de Cidonio, cuyo texto griego, críticamente transcrito, ha publicado Mercati<sup>56</sup>.

La primera, que empieza con las palabras Δέομαι πρὸς Θεοῦ, escrita por los años 1363-66, va dirigida a los griegos ortodoxos. Quiere defender en ella la sinceridad de su conversión al catolicismo, pero se esfuerza muy particularmente en convencer a sus compatriotas de que no era bueno su comportamiento con la Iglesia de Occidente, ya que no eran válidas sus razones por las que impugnaban la procesión del Espíritu Santo también del Hijo, y rechazaban unirse y obedecer al Sumo Pontífice; por lo cual se imponía la conclusión de pedir la paz y estar unidos según la voluntad de Cristo. Así, pues, el escrito que en un principio parece autobiografía, se explaya luego en la exposición de las dudas religiosas y en las diversas tentativas para resolverlas, a fin de patentizar sobre toda pasión y prejuicio el íntimo deber de buscar lealmente la solución, y preferir Dios y la verdad a cualquier otra cosa para asegurar la salvación eterna. Si desarrolla temas de teología fundamental cuales la autoridad de los Padres griegos y latinos, el primado universal del Romano Pontífice, la grandeza y merecimientos de la Iglesia Occidental en orden a la difusión del cristianismo, la solidez y profundidad de los teólogos latinos, que por torpe soberbia y malsano amor de patria eran despreciados en Oriente; y si, por el contrario, habla de la vaciedad de los polemistas griegos, de la postración de la Iglesia y del Imperio Oriental, del servilismo de los patriarcas y de la apostasía progresiva de gran parte del pueblo; en suma, si demuestra que son justos los criterios y los motivos

<sup>55</sup> Carta 26 de la edición de Cammelli, p. 62 y s.

<sup>56</sup> En *Studi e Testi*, 56, pp. 359-403; 403-425; 425-435.

que había seguido en su crisis religiosa, y si suplica a los suyos que le iluminen y prueben que está en un error, "atendió sobre todo a despertar en sus conciudadanos la conciencia de la necesidad de revisar a fondo su comportamiento y su polémica contra la Iglesia Latina, y a insinuar los principios según los cuales debían proceder en la investigación de la verdad y en su propia conducta, persuadido de que sólo así, y no de otro modo, se habría podido llegar a la verdad y a la concordia con Roma, y salvar lo que quedaba de la Iglesia y del Imperio de Oriente"<sup>57</sup>.

La segunda Apología, que comienza así Ἐγὼ σε πόρρωθεν ἄνδρα, escrita entre el 1370 y el 1375, va dirigida contra un paisano que acusaba a Demetrio de no ser sincero, ya que anteriormente tenía las mismas convicciones que los demás griegos, pero que hablaba diversamente por vanagloria, para despreciar a los suyos y agradar a los latinos, de los cuales recibiría en compensación una renta anual; sólo que al fin de su vida se vería precisado a confesar la verdad. Cidonio responde detenidamente y con entereza a tales insinuaciones, demostrando su absurdidad y malicia, y en particular aduce el hecho, a que hemos aludido anteriormente, de que a pesar de las propuestas más lisonjeras e insistentes, no quiso quedarse en Roma en 1369, sólo por acompañar al emperador y compartir el triste destino, cada vez más sombrío, de sus propios compatriotas. Expone con lucidez cómo y por qué ha llegado a tal persuasión religiosa, y suplica y conjura a su adversario a discutir las propias razones, y a dejarle aducir las suyas, afirmando que le estaría agradecido en el caso de quedar convencido e iluminado por él. Pero que esta confrontación tuviera lugar en tanto se encontraba sano y robusto, y no próximo a morir, cuando faltan las fuerzas. Dando prueba una vez más de la sinceridad de su conversión, y para prevenir toda suerte de amenaza y presión por parte del clero bizantino, que en algunos casos se producía, y el peligro de la propia debilidad en el momento de la agonía, con la pérdida de las fuerzas vitales, compuso el tercero y más breve de sus escritos apologéticos: Οἶδα πολλοὺς ἐπιπεσομένους μοι. Llamado testamento religioso, en el que formula su profesión de fe, firme e inmutable, en la doctrina de la Iglesia Católica.

---

<sup>57</sup> MERCATI: *o. c.*, p. 136 y s.

En todo caso, lo que a nosotros, situados en un plano de ecumenismo, interesa es hacer resaltar el espíritu que fomentó Cidonio, el cual promovió con celo religioso la unión de las dos Iglesias, que supo sacrificar prerrogativas y distinciones de los latinos para no ensombrecer la autenticidad de su conducta, participando casi hasta el fin de sus días en la suerte de su patria, sirviendo lealmente al emperador y a sus compatriotas.

### **Amor a Oriente y a Occidente a un tiempo**

No debe interpretarse como una evasión o desprecio de los suyos, ni mucho menos traición a su patria el afecto que Cidonio sintió por Occidente, su admiración por el genio y la obra de Santo Tomás, su devoción sincera hacia el Papa, y la simpatía e interés por Italia y los restantes pueblos latino-cristianos. Demetrio se ganó la amistad y el cariño de los romanos por sus excelsas cualidades de inteligencia, prudencia y virtud; estos quisieron retenerlo, pero él declinó amablemente los honores ofrecidos en atención a su patria. Para ilustrar este punto brindamos dos testimonios fehacientes.

Encontrándose en Roma con el emperador Juan V (1396), la corte pontificia le dispensa su alta consideración y estima, pero Cidonio, aún reconociendo la generosidad de los romanos, escribe a su hermano Prócoro en estos términos: "... Sin embargo, todo me resulta insípido, porque pienso en la suerte de mi patria... Esto me torna la estancia penosa e igualmente el regreso amargo: si me quedo los reproches de mis conciudadanos me entristecerán; si regreso me atormentarán sus desgracias a las que se añadirán las mías. Ruega, pues, a Dios para que me gué a la solución más ventajosa..."<sup>58</sup>. Efectivamente, como sabemos, Cidonio regresó a Constantinopla, según se desprende de la carta que dirigió a Calófero (1370), en contestación a las letras que recibió de éste a su paso por el Peloponeso de regreso de Italia. Entre otras cosas le dice: "... También yo hubiera compartido contigo, puesto que tú así lo deseabas, las fatigas de la travesía —se trata de un viaje rumbo a Italia—, y, como tú dices, hubiéramos sido de gran

---

<sup>58</sup> Carta 16 de la edición de Cammelli, p. 39.

utilidad el uno para el otro, de no habérmelo impedido un cierto pudor instintivo, porque me hubiera avergonzado, toda vez que salí de la patria con el emperador, de reaparecer sin él a la vista de mis conciudadanos: este es el motivo que me ha impulsado a menospreciar Roma y los honores que allí recibía...”<sup>59</sup>.

Pero más expresivo todavía es otro documento posterior. Cuando Cidonio rehusa colaborar con el usurpador Andrónico IV, en carta dirigida a este emperador (1376-78) hace una paladina profesión de amor a la patria y a los suyos. Si por el momento piensa salir para Roma, asegura que volverá a su ciudad (Constantinopla), “porque la amo —son sus palabras—, no sólo porque es la más hermosa de las ciudades, sino también porque es mi patria, y porque alberga a muchos de mis amigos, que yo preferiría a todos los bienes del mundo, como es natural... Si el Salvador me protege, una vez de regreso, permaneceré toda mi vida en la ciudad junto a ti, y los servicios que, según dices, puedo prestarte a ti y a cualesquiera otros, os los procuraré con toda mi alma, y volveré de nuevo para ser mucho más útil a los asuntos del Estado, por haber acumulado una mayor experiencia para ellos durante mi ausencia...”<sup>60</sup>. Todo lo cual demuestra hasta qué punto Cidonio se solidarizó con la suerte de su patria, y trabajó denodadamente con una minoría de jóvenes nobles, en los que prendieron su ejemplo y enseñanzas, para sacar a su pueblo, mediante una aproximación a Occidente, del callejón sin salida en que se encontraba. Al fin de sus días le hallamos todavía en Bizancio, lamentándose de no haber preferido permanecer en el extranjero, en lugar de ver y experimentar personalmente la ruina del Imperio<sup>61</sup>.

No obstante supo armonizar el amor a su patria con el afecto y estima por Occidente. Su espíritu abierto y perspicaz —prescindimos del hecho de su conversión—, le llevó a reconocer los tesoros de riqueza espiritual, solidez teológica y alto grado de virtud, patrimonio de la Iglesia latina, con el que corría pareja una notable prosperidad material. Por ello buscó noblemente el camino de la unión religiosa y de la colabora-

---

<sup>59</sup> Carta 18 de la misma edición, p. 44.

<sup>60</sup> Carta 24, antes mencionada, p. 57.

<sup>61</sup> Cf. la carta al emperador Manuel II, n. 50 de la edición de Cammelli, p. 131; LOENERTZ: *Studi e Testi*, 208, n. 431.

ción política con Occidente, prolongando la acción del que fue patriarca de Constantinopla Juan XI Beccus (1275-82) y de sus partidarios, tras el Concilio unionista de Lyon, para culminar, después de su muerte, en los promotores del Concilio de Florencia, Besarión de Nicea e Isidoro de Kiev.

En el capítulo precedente hemos aducido ya algunos testimonios de Cidonio, tomados directamente de sus escritos, que confirman el aprecio que el tesalonicense sentía por los cristianos occidentales. Ahora queremos presentar uno nuevo y no menos elocuente, que hemos encontrado en el primero de sus dos discursos deliberativos, editados por Migne<sup>62</sup>. Ambas piezas oratorias le valieron a Cidonio ser considerado un segundo Demóstenes, pues no sólo en sus líneas generales, sino incluso en numerosos detalles ofrecen verdadera analogía con los discursos del príncipe de la oratoria ática.

Comienza Cidonio su oración dando gracias a Dios por decidirse el pueblo bizantino a deliberar sobre la angustiada situación que atraviesa. Afirmar que la Providencia les protege, pero que es preciso colaborar con ella para poder conseguir la libertad. Ante todo los bizantinos deben actuar como un solo hombre, evitando los consejeros calumniadores y asalariados. Entre abandonar a la patria y combatir al enemigo turco no hay elección posible. Los bárbaros son además impíos y hostiles al nombre cristiano. Es sin duda para animar a los suyos y estimularles a recobrar lo perdido, por lo que Cidonio les recuerda las glorias del pasado, y el vasto imperio que antaño poseía Bizancio. Hay que reparar tanto mal, pero ante la incapacidad del Imperio para dirimir la contienda por sí solo, precisa buscar aliados seguros, que compartan los mismos ideales religiosos. Es en este momento cuando adquiere toda su significación el pasaje mencionado del discurso, fiel revelador del programa ecuménico que preconizaba Cidonio. Considera a Roma como madre de Bizancio y a los romanos como a los protectores natos de los bizantinos. Veámoslo: "En relación con los romanos hablo de sus armas y de su fortaleza, y me admiro si no basta su propio nombre para conciliar a estos varones con vosotros. Reflexionad, en efecto, si a nuestros aliados de guerra les falta para serlo alguna de las

---

<sup>62</sup> Nos referimos al pasaje contenido en PG, 154, 978 C - 980 C. Todo el discurso abarca desde la col. 961 a la 1008.

condiciones señaladas de antemano, y no están, por el contrario, provistos con suficiencia de todas ellas. Así pues, de donde empecé, a saber, de su común designación con nosotros, de allí tomaré el principio. ¿Qué aliados más íntimos para los romanos que los romanos mismos?, o ¿quiénes más dignos de confianza que aquellos que poseen una misma patria? En efecto, su ciudad ha sido la metrópoli de la nuestra, y habiendo comunicado su propio nombre a la colonia, ella permaneció como un baluarte en Occidente, al tiempo que nos destinaba a nosotros para que acaudillásemos el Asia, de suerte que unos y otros pareciésemos un mismo pueblo, y ambas ciudades una sola ciudad, organizadas en razón de colonia y metrópoli; y que la diferencia no fuera sino esta: que una la edificó Rómulo, la otra la fundó Constantino, el sucesor en el imperio de aquél. Por lo demás todos saben que el propio Constantino, en quien están basadas todas nuestras glorias fue romano y honró con el nombre de su patria a la ciudad que fundó. Por lo tanto, quería, aprovechando todos los medios, por así decir, fusionar ambas ciudades, de suerte que ni siquiera consideraba suficiente mandar él personalmente en una y otra ciudad y levantar en ellas un trono regio, sino que, de no ser designadas ambas con el mismo nombre, faltaría no poco para que fuesen una sola. Así pues, al mismo tiempo que era fundada recibía la ciudad junto con el nombre la dignidad de Roma, y el senado romano también se trasladó aquí, distinguiendo a la nueva Roma, y los que a ella emigraron fueron los padres de nuestros antepasados. Lo propio se observaba con respecto a la descendencia real: entre nosotros el fundador de la ciudad, al procrear sus hijos, determinaba a los que allí le sucederían en la realeza y les entregaba junto con la ciudad el Imperio, a romanos que mandarían sobre los romanos para siempre; a los cuales el tiempo mostrándoseles propicio los ha mantenido incólumes hasta nuestros días, y ojalá conserve inmortal a su estirpe. Tampoco necesitábamos entonces de distintos intérpretes de las cosas divinas, sino que teníamos unos mismos dirigentes para el Estado y la religión en una época en que todavía no estaba en boga, por todas partes, tal sutileza de conceptos, sino que había un límite en las disputas. Por consiguiente, si el hecho de tener muchas cosas en común impulsa a los asociados a compartir las penas, e induce asimismo a los más fuertes a socorrer a los más débiles, ¿a quiénes nos acogemos con más justo título, si pres-

cindimos de estos? Obraríamos de modo semejante a cuando uno, ultrajado y maltrecho, consiente en llamar a otro, teniendo a su lado su propia madre, que le puede ayudar. Y que la metrópoli haga con las colonias por ella fundadas las veces de madre, nadie lo ignora, a no ser aquel que rehusa escuchar su voz. Y lo demuestran entre otras cosas las guerras que en favor de los colonos, contra todos los que pretendían dominarles, sostuvieron las metrópolis, como si fuera en su propia defensa, entre las cuales las hay de memorables y que suministran abundante materia a los historiadores, guerras que estos (los romanos) llevaron a término en nuestro favor contra los bárbaros. Por lo que me admiro si una necesidad semejante no nos trae a la memoria semejantes aliados..."<sup>63</sup>. A continuación expone Cidonio algún ejemplo concreto del esfuerzo y ayuda desinteresada que los romanos prestaron a los bizantinos, todo con el noble intento de suprimir los motivos de discordia e insistir, sublimando un tanto los hechos, en las razones que unen a entrambos pueblos, para convencer a sus compatriotas de la necesidad de una aproximación y amistad con Occidente.

## **CONCLUSION:**

### **En la línea del movimiento ecuménico conciliar**

La inquietud y los esfuerzos en pro de la unidad de los cristianos se han hecho particularmente intensos en nuestro tiempo desde el pontificado de León XIII. Y no podemos silenciar las numerosas iniciativas que sobre todo en los últimos decenios han llevado a cabo los hermanos separados para una aproximación entre los cristianos. En este camino en pos de la reunión definitiva quedan sin duda todavía varias etapas por recorrer, según advertía ya Juan XXIII en su encíclica *Ad Petri Cathedram*, pero es innegable que el movimiento unionista ha dado ya sus frutos, entre los que cabe destacar el Decreto de Ecumenismo, que abre dilatadas perspectivas para el futuro.

Sin embargo, ya en épocas anteriores de la historia, ante el deplorable espectáculo de la división de los cristianos, cun-

---

<sup>63</sup> Primera versión castellana del fragmento, elaborada sobre el texto griego para nuestra revista.

dió entre los espíritus nobles y piadosos, una minoría selecta y activa, el deseo de la unidad. Este es el caso de Demetrio Cidonio, que acabamos de analizar, situado entre los dos concilios unionistas de Lyon y de Florencia. Entonces, puesto que aún no se había producido la escisión protestante, el único ecumenismo posible entre cristianos era el que trataba de reconciliar a ortodoxos y católicos, pero esta promoción ecuménica fue auténtica y sincera en consonancia con la grandeza de alma y elevación de sentimientos de quienes la suscitaron.

En efecto, ciñéndonos a nuestro caso, la figura de Cidonio es la de un asceta laico, “filósofo en la teoría y en la práctica de la vida”<sup>64</sup>; partidario convencido de la unidad religiosa, y que, según vimos, no buscó la alianza con Occidente por simple oportunismo, sino que tuvo fe en la solidaridad cristiana; y que según la tradición — que en todo caso refleja la fama de virtud de que gozaba Demetrio—, pasó sus últimos días en el retiro del claustro, entregado a la oración. Vasiliev llega a afirmar que es a causa de esta su actitud conciliadora entre las dos mitades de la cristiandad por lo que “la Iglesia Católica le venera como santo y le sitúa en el mismo término que a los primeros Padres de la Iglesia”<sup>65</sup>. Expresión que no puede ser tomada al pie de la letra, pero que pone de relieve la ingente personalidad de nuestro hombre en el aspecto ecuménico.

Lo cierto es que Demetrio, cual pide el reciente Decreto de Ecumenismo<sup>66</sup>, buscó con espíritu religioso el diálogo con los cristianos de Occidente. Quiso conocer sinceramente la posición y solidez de doctrina de los latinos en materia de fe — recordemos sino su correspondencia con Barlaam—; pero como se daba cuenta por su exquisita formación espiritual que era en último término la gracia de Dios la que jugaba el papel decisivo en la solución de su crisis religiosa, pedía insistentemente oraciones en su favor para que el Señor le iluminase. Es este el ecumenismo espiritual de que nos habla el Decreto en su n. 8: “Esta conversión del corazón y santidad de vida juntamente con las oraciones privadas y públicas por la unidad de los cristianos, han de considerarse como el alma de todo movimiento ecuménico...”. Ya convertido al catolicismo, pero indeciso sobre qué decisión tomar, si quedarse en Roma

---

<sup>64</sup> CANTACUCENO: *o. c.*, ed. Bonn., III, p. 107.

<sup>65</sup> VASILIEV: *o. c.*, vol. II, p. 345.

<sup>66</sup> Cf. n. 4.

o regresar con Juan V a su patria, para ser fiel a su vocación ecuménica, escribe a su hermano Prócoro: "... Ruega, pues, a Dios para que me guíe a la solución más ventajosa..."<sup>67</sup>. Y la solución tomada fue la más dura y costosa para él: abandonar Roma y los honores que allí recibía, y regresar a Constantinopla para ayudar a su pueblo y laborar por la unidad cristiana. Sobre todo Cidonio se procuró un conocimiento vivo y directo tanto de la doctrina, como de la actividad de los cristianos de Occidente, condición indispensable para una aproximación y estima recíproca; así lo demuestran sus traducciones de las obras teológicas de los latinos y sus continuos viajes por Italia. Pero siempre procedió con aquellas disposiciones de sinceridad y humildad, necesarias para llegar al conocimiento de la verdad objetiva<sup>68</sup>, de las que dio testimonio no sólo en el proceso de la crisis religiosa que le llevó a la conversión, sino también cuando ya había abrazado públicamente el catolicismo. A este respecto resulta aleccionador recordar el rasgo de nobleza que hace patente en la segunda Apología, antes mencionada, frente al compatriota que le acusaba de insincero. Demetrio se defiende eficazmente e invita a su adversario a discutir de buena fe los argumentos que militan en favor de sus respectivas creencias, asegurándole que le estará muy reconocido en el caso de que llegue a convencerle.

Creemos, pues, que el ejemplo de Cidonio, aun con todas las salvedades que impone la época en que vivió y la distancia que le separa de nosotros, constituye, supuesta la trágica escisión de la cristiandad, todo un símbolo de irradiación ecuménica, que también en los siglos pasados prendió en el corazón de los cristianos buenos y clarividentes, cualquiera que fuese su confesión religiosa.

---

<sup>67</sup> Carta 16 de la edición de Cammelli, p. 39.

<sup>68</sup> Cf. n. 11 del *Decreto de Ecumenismo*.